

LA RISA,

ENCICLOPEDIA DE ESTRAVAGANCIAS.

LAS NODRIZAS.



Es consecuencia inmediata de la coyunda nupcial al estado de casados añadir el de papás.

Y es consecuencia precisa so pena de no nacer, para que subsista el torro matarle el hambre y la sed.

Y también es consecuencia darle alimento sutil, mientras sus dientes no puedan con el salchichon de Vich.

Es consecuencia por esto que al fruto de tierno amor, preste la madre alimento con su abundante pezon.

Y es consecuencia así mismo si el pecho dice, no hay mas, traerse un ama de cria de los contornos de Irun.

Pero ; ay! desgraciada chico,

si la inhumana mamá lo fia todo al cuidado de una nodriza infernal!

¡Ay del que habiendo nacido del Mauzanares al pié, mama la leche (aunque buena) de tierra de Santander!

Puede decir que no hay cosa mas deplorable y mas vil, que nacer para mamar y mamar para vivir.

Por mucho esmero que tenga la madre que el ser le dió, y por mas y mas revistas que pase al pecho alquilon.

En fin, por mas que al destete respire el niño salud, debe de estar mal criado aunque lo niegue Jesus.

No ha muchos dias, señores, que ansioso de soledad

me encaminaba al Retiro
donde las fieras están.

¡bame diciendo á solas!
¡ay, si quisiera Luzbel
soltar un par de esos viechos
que entre correjados se van!

¡Apenas tomaran paso
mis piernas ácia Madrid,
aunque sonara de guerra
el alarmante clarín!

Dije, y dos fieras nodrizas
mugiendo como un leon
sentadas junto á la noria
en vez de andar en redor.

Me dejaron mas clavado
que Jesucristo en la cruz,
con este diálogo propio
de Caifás y Belcebú.

— Mi señora es una loca.

— Y la mía mucho mas.

— Y mi señor un camello.

— Y el mio un orangutan.

— Para la triste miseria
que una coje á fin de mes,
gasta doble y mas de doble
si se quiere sostener.

El diantre de las señoras;
muy listas para parir,
pero muy duras en esto
de alojar maravedís.

¡Cuántas incomodidades
con este chico feroz,
ademas de lo que chupa
pues tragó como un lechon!

Si un niño sale canijo,
«tienes mala leche, abur.»
Si rollizo, «lo ha heredado;
su madre vale un Perú.»

Muchacha! que llora el niño
á ver si le haces callar.

Muchacha! que está pacífico;
¿tendrá alguna enfermedad?

Muchacha! que está hecho un fuego;
vete á la sombra con él.

Muchacha! que tiene frio;
échalo y tápalo bien.

Muchacha! que rabia de hambre;
saca el cofre á relucir.

Muchacha! ¿ves que mal huele?
llévalo pronto de aqui.

Muchacha! que está muy triste
tararea un rigodon.

Muchacha! que hoy no has salido;
vete á la Puerta del Sol.

Y ando como una azacana
con este trozo de átun,
á la Ronda y al Retiro,
al río y á Santa Cruz.

— Lo mismo sufro, querida,
y no pudiera aguantar
á no tragar tanto vino,
tanta carne y tanto pan.

Y eso que al chico le quiero
mas que á los míos tal vez.

— ¡ Si que yo al mio! le adoro
y le trato como á un rey. » —

Dijo cada cual del chico,
cuando estaba el infeliz
con la cabeza colgando
y los pies ácia el zenit.

Madres! contemplad el cuadro

con lágrimas de dolor;
ó abstenerse de ser madres
ó sedlo bien, vive Dios.

Porque sino dareis pruebas
de poquisima virtud,
y vuestro eterno enemigo
será.... J. M. V.

IMPERFECCIONES DE LA NATURALEZA.

Al leer el epigrafe de este artículo, confieso que habrá quien sospeche haberlo escrito su autor al salir del ambigü que figura al fin del presente periódico, pero en Dios y en mi ánima que no es así, y que estoy muy lejos de haber empuñado el codo antes de ponerme á escribir. En primer lugar, mis lectores saben ya que no soy aficionado á comer, y siendo esto así, mal podré haber perdido el juicio por una cosa tan bellaca como es tragar un poquillo, esponiéndome á la necesidad de beber despues, y consecutivamente á no saber lo que me hablo. En segundo lugar la seccion del ambigü se halla á cargo del cocinero de la Risa, y así permitiria él, aun cuando manifestase yo semejaute deseco, que me ingriese en sus guisos, como dejarse emplumar ó cosa semejaute. Y en lugar tercero (que no siempre se ha de decir en tercer lugar), hasta que yo les diga á Vds. que escribo en ayunas mi artículo, para que me crean de buena fé y para que no atribuyan al feor de la parra lo que á Vds. les pueda parecer á primera vista menos conforme con mi formalidad y mesura ordinaria.

Digo y repito, pues, que la naturaleza es imperfecta, y que lo que dijo D. Alonso el Sábio del sistema solar de sus tiempos, á saber, que si él hubiera criado los cielos los hubiera dispuesto mejor de lo que estaban, segun Ptolomeo decia, eso mismo *mutatis mutandis* digo yo de todas y cada una de las partes de la naturaleza, y lo digo con formalidad. Pero para probar esta proposicion necesaria yo millones de tomos, y ni creo que el lector tendria paciencia para leerlos, ni aun cuando tuviera yo la habilidad de escribirlos, deberia ir discurrendo por todas y cada una de las partes que constituyen este gran *todo*, para salir airoso de mi prueba. Bastará limitarme, pues, á un pequeño y estrecho círculo, pero que por estrecho que sea, no por eso dejará de ser el mundo en resúmen. El lector conocerá desde luego que el asunto que he tenido á bien elegir para el artículo presente es el *hombre* ni mas ni menos, y como quiera que todos los filósofos

hayan dicho de él que es un mundo en pequeño, no podrán Vds. menos de convenir en que las imperfecciones á él relativas son trascendentales al grande, con la sola diferencia de que si en el *mundito* de que hablamos aparecen los defectos en miniatura, los del *mundazo* de que no queremos hablar tienen que ser tan gordas como el puño y aun más que el puño tal vez. Pero no crean Vds. ahora que para probar yo mi aserto voy á recurrir á tantos lugares comunes como se están explotando continuamente por la turba moralista y filosófica. Lejos de ser así, las imperfecciones de que voy á hablar ninguno las ha notado hasta ahora, á lo menos que yo sepa, y por otra parte sería muy mal mirado en la *Risa*, enciclopedia como es de extravagancias, ponerme yo á discurrir seriamente á la manera que lo hacen los susodichos filósofos, pudiendo yo sustituir mis barbaridades á las suyas con tanta ó más razón que ellos, y con más originalidad sobre todo, gracias, ya que no al genio (por que eso sería faltar á la modestia) al sublime talento que Dios me ha dado. Prescindiré, pues, de considerar al hombre bajo su aspecto moral, limitándome esclusivamente á la parte física, y sin citar para ejemplo de sus imperfecciones á ningún tullido, ni vizo, ni jorobado, ni cojo, sino al hombre que más perfectamente formado se reputa entre todos, un hombre como el Apolo de Belvedere, v. gr. un hombre si se quiere, como el mismo Adán en persona, antes de morder la manzana. No me dirán Vds. que un tipo como ese les pueda parecer sospechoso, ó sea objeto de acusación. Milton se deshace en elogios en presencia de tan bello ideal, Milton es sin embargo un niño de teta, y él si que había bebido cuando tales cosas decía. A haber tenido yo el cargo de formar al hombre, otra cosa saliera por Dios; pero para que Vds. puedan saber lo que hubiera salido, necesario será que entremos de lleno en nuestro asunto notando las faltas ó imperfecciones de que hablo y que Vds. admirarán como otras tantas bellezas, ni más ni menos que el autor del *Paraiso perdido*.

Ante todas cosas, yo hubiera formado al hombre con una costilla de más, lo cual, sobre presentar mayor igualdad y equilibrio en uno y otro lado, me hubiera ahorrado el trabajo de formar la muger con aquella maldadada costilla, y á la consideracion de Vds. dejo cuanto hubiera ganado el hombre á poderse pasar sin muger, Yean, pues, Vds. ahí una falta cometida por la naturaleza, á no ser que en materia de costillas crean Vds. que las faltas son *sobras*, en cuyo

caso no tengo inconveniente en convidar á Vds. á comer un plato de chuletas á cualquiera hora del dia.

En segundo lugar, yo hubiera criado al hombre con dos puertas de menos, con lo cual le hubiera evitado la golosina que le entró por la una, y no hubiera tenido tampoco ocasion de desmandarse por la otra, y si Vds. me arguyen ahora con que formado así el hombre no hubiera podido respirar, yo les responderé que ni todo lo que se respira merece salir de allá á dentro, ni todas las funciones que con las tales puertas se hacen, nos dan motivo para recordarlas de un modo satisfactorio. Además que para dotarle del don de la respiracion le hubiera puesto yo dos fuelles, uno debajo de cada sobaco, y era negocio concluido. De todas maneras, y prescindiendo enteramente de la cuestion posterior, la sola necesidad de comer es ya una imperfeccion tan grande, que casi todas las imperfecciones humanas dependen de ella, no siendo la menor la necesidad de escribir algunos artículos de vez en cuando para satisfacer esa maldita propension á comer, y así salen ellos.

En tercer lugar, yo hallo mal la nariz donde está, al menos existiendo el hombre en los términos en que se halla formado. Yo se la hubiera puesto al lado de la otra puerta, y con eso cuidaría mejor del modo y oportunidad con que pone en juego el segundo de sus órganos respiratorios; y no que ahora comete setecientas barbaridades, porque como tiene la nariz tan lejos del mal que hace á las de los otros, lo que menos tiene presente es la comodidad ajena, y todo por carecer de un indicador que regule sus tacañerías. Fuera, pues, la nariz de la cara, y encañarla en el polo antártico.

¿Y qué diríamos de las pantorrillas? Que es la mayor atrocidad tenerlas en donde se ven, porque vamos á cuentas, señores: ¿hay golpe que duela más que el que uno se da en la espinilla? Y todo por no tener la pantorrilla delante, en cuyo caso hallaría uno el consuelo de embotar el golpe en aquella almohada, y esto no es indiferente por Dios. Los perros en cambio casi siempre acometen por detrás, y vean Vds. una linda merienda para los muy atrevidos en las pobres y tristes pantorrillas. Encájome pues la espinilla detrás, y que muerdan hueso y no carne, ¿Negarán Vds. ahora que la cosa se hizo al revés...?

Tampoco me hallo bien con el pelo de que llevamos cubierta la cabeza, digo lo que quiera el autor que más arriba nombré, sobre la cabellera de Adán. Yo hubiera formado esa cabeza

tan lisa y pelada como un guijarro, y á buen seguro que entonces existiese un solo calvo en el mundo, ni se criasen en ella el *alga* y aun *algos* de que hablaba el señor Sancho Panza con aquella gracia y socarronería que Vds. tendrán bien presentes.

Pues ¿y qué diré de los dedos que la naturaleza nos puso en los pies, y que sin servir para maldita de Dios la cosa, lo único que producen es callos y otras pejiñeras por el estilo? Pero Vds. dirán que quien los produce no es ella sino los malditos zapatos, á lo cual contestaré yo que estoy mal con las manos tambien: si la naturaleza no nos las hubiera dado, trabajo le mandaba yo al zapatero que quisiera calzarnos los pies. Mas ahora recuerdo que sin manos no me hubiera sido posible escribir el presente artículo, y esta es una razon mas que suficiente para balfarme contento con ellas. Eso sin embargo no me probará la utilidad de los dedos pedestres. La naturaleza podia habernos dotado de un casco, ni más ni menos que al rucio del que arriba menté poco há. De este modo hubiéramos tenido un calzado infinitamente mas barato que ahora y mas analogo sobre todo á la índole y circunstancias de nuestra especie, en su mayoría á lo menos. ¡Harto mas protegida se hallaría entonces la industria, y no que ahora es una lastima el abatimiento en que yace la triste profesion de herrador!

Por lo que toca á las orejas, no las hallo mal donde están, pero las hubiera querido mas grandes, por una infinidad de razones: la primera, porque así las hubieran podido menear á toda su satisfaccion los que ahora las mueven á medias: lo segundo, porque siendo de cierto tamaño, los peores hombres del mundo quedarían convertidos en angeles de cabeza arriba, con solo cortarles el cuello: lo tercero porque en caso de calor nos podrian servir de abanicos: y lo cuarto en fin, porque así me parece á mí, y cada cual es dueño de tener las orejas que guste.

En cuanto á los dientes, claro está que hallándome mal con la boca, no deberé de estar muy satisfecho con ellos; pero ya que los habíamos de tener, fuese siquiera en el sitio donde coloco yo la nariz, y así cargaría el muy bellaco con esos dolores de muelas que nadie merece cual él. Con eso quedaban las nalgas convertidas en dos regulares mandíbulas, y nunca nos parecería duro el asiento, aun cuando no tuviese mullido. A bien que la Diosa Cibele tiene mas fortuna que yo: vayan Vds. al Prado, y allí la verán sentadita sin moverse de su carroza de mármol, gracias á su tafanario de piedra.

Los ojos me parecen mal donde están, á lo menos el uno, y entiéndase que hablo de los de la cara. En lugar de tener los dos en la frente, ¿por qué no nos puso la naturaleza el uno de ellos en el tozuelo, y así hubiéramos visto á los que nos la pegan por detrás? Organizado así el hombre, hubiera podido dormir con el uno mientras velaba con el otro, y vean Vds. cuanto hubiera ganado una policía secreta v. gr. en tener esbirros así. Demas de eso, formado el hombre como yo digo, la mitad de los tuertos que ahora existen lo serían de la parte de adelante, y los otros de la parte de atrás, lo cual hubiera sido la cosa mas divertida del mundo.

En cuanto á los codos me parece que debieran ser cuatro y no dos; quiero decir que cada brazo estaría mejor con un codo de mas, y á la parte opuesta del otro, y así podríamos doblar los brazos susodichos del modo que ahora lo hacemos, y en sentido opuesto tambien, lo cual no me negarán Vds. que sería una ventaja de mas, y ventaja inapreciable, para los torpes como yo, que á la menor indigestion que tienen se ven en la precision de llamar una vieja provista de su correspondiente getinga, y todo por no tener uno la flexibilidad suficiente en los brazos para salir cada cual de su apuro sin ayuda de vecino.

Por otra razon semejante debieran ser cuatro tambien las rodillas. Personas conozco yo que no hacen otra cosa que tirar coces, y les vendrian muy bien jugar las piernas ácia atras para sacudir el aire mejor.

Las manos no debieran ser calvas, sino peludas, y con eso aborrraríamos los guantes, comida demasiado cara para petimetres como yo, y sobre todo en Madrid. Verdad es que entonces sería moda raparlas, como es ahora llevarlas vestidas; pero moda por moda y exigencia social por exigencia, á mi rapamiento me atengo.

El guante de navaja costaría á lo sumo un real por mano, con escepcion de la gente plebeya que por cuatro cuartos podría afeitarse las dos, y aun por menos si no se rapaba á dos aguas. Vayan Vds. ahora á comparar esa módica retribucion barberil con los diez y doce reales que nos cuestan los guantes, sirviendo solo para uno ó dos dias cuando del modo que digo bastaba afeitarse las manos de domingo á domingo, y andaba uno decente. ¿Y qué variedad no resultaría en las manos; á tener pelo como yo digo, y á estijir rapamientos la moda? Uno iria con la palma pelada y con el metacarpo vestido; otro pondría sus cinco sentidos en llevar rapados los dedos y cubierto de pelo lo demas; otro se raparía el pulgar y dejaría peludo el meñique; otro tendría

la vanidad de nombrar dos barberos de cámara, el uno para la mano derecha, y el otro para la zurda; y otro en fin, podría salir á barbero por dedo, y aun á barbero por articulación, ó fálange, ó como se deba decir.

En cuanto á los dedos de que hablo, hubiera hecho yo que cada uno de ellos tuviese por remate una campanilla, ó cencerro, ó cualquiera otra cosa que hiciese ruido, en cuyo caso no hubiera tenido inconveniente en dejar los ladrones con uñas.

Pero ahora que nombro las uñas, ¿sabrán Vds. decirme para que diantre nos sirven los tobillos? Vds. dirán que esta pregunta es una transición espantosa, pues maldita la conexión que hay entre las uñas y los tobillos, á lo cual contestaré yo que en efecto dicen Vds. bien, pero tiendan Vds. la vista por mas de cuatro escritos de los que se publican todos los días, y si Vds. encuentran en ellos mas conexión que en el mío, consiento en que me arranquen Vds. los tobillos de que estaba hablando, y que nunca he podido saber para que demonio son buenos.

Yo hubiera puesto la lengua en parte menos húmeda que la que ocupa ahora, como dice muy bien Saavedra Fajardo, aunque á Hermosilla le parezca muy mal; y por lo que toca á la saliva, la hubiera hecho despedir por la oreja, para que así no me salpicasen algunos cuando me hablan. En este caso hubiera podido decir Arriaza hablando del jaque que llamaba al toro

Y escupiendo á través por la oreja,
lo cual no me negarán que sería infinitamente mas cuco que *escupir á través por el colmillo* como dice el susodicho Señor, y como puede hacerlo cualquiera.

Pero yo me estiendo demasiado: y para probar las imperfecciones de que adolece la naturaleza, basta y sobra con lo que llevo dicho. Además de eso, me duele también la cabeza, y gracias á esa nueva imperfección que se me olvidaba apuntar, me es imposible pasar adelante. ¿Que no hubiera formado yo al hombre á lo menos de cuello arriba! Diérale yo dos cabezas en vez de una, ó le hubiera dado una sola, pero amovible como la magistratura española, y con eso me quitaría ahora la que me está doliendo (la cabeza se entiende) para encasquetarme la de cualquiera otro exenta de tal pejuera. ¿Que ventajas no tendría uno entonces para lucirse como escritor? Y todo sin cansarse una pizca, porque con quitar la cabeza á Zorrilla, bastaba por ejemplo para sobresalir este humilde servidor de Vds. en el género lírico; y para lucirme como dramático pediría prestada la de Hartzembusch, y para hacer un epigrama ó para escribir un artículo en el géne-

ro *atroz*, arrancaba á Villergas la suya, y salía uno del paso. Verdad es que entonces podría dudarse si lo que yo escribía era mío ó ajeno; pero yo también dudo ahora si lo que otros escriben es suyo, y eso que no hay esa amovilidad de cabezas que yo quisiera en nosotros. Pero he dicho que me duele la mía, y habrán de disimular mis lectores si les he calentado la suya con tanta majadería y disparate. Yo que los reconozco como el primero, no soy sin embargo el primer disparateador que entre nosotros se pone á escribir. Otro día tal vez hablaré á Vds. mas despacio acerca del particular. Ahora permítanme Vds. quitarme mi cabeza prosáica, para echar mano de otra que me sepa idear unos versos, pues ya saben Vds. que en verso me ha desafiado Villergas, y en verso he de escribir, vive Dios, aunque solo sea por ver lo que el tal Villergas contesta.

MIGUEL AGUSTIN PAÍNCIPE.

LA ADOLESCENCIA.

En el romance anterior dejamos, lector insigne, á nuestro héroe de marrás en una especie de crisis; que así se puede llamar aquel tránsito difícil de los pueriles instintos á los humos juveniles.

Crepúsculo de la vida;
(que en efecto, *menos vive* que *vegeta* el individuo en sus primeros albriles),
crepúsculo de la vida la adolescencia, (otros dicen la pubertad) se inaugura con los síntomas que siguen:

A las doce navidades en unos se hace ostensible; en otros, *menos precoces*, no se muestra hasta las quince. Sombrea leve pelusa; esto es, la barba en su origen, aquella parte del labio que raya con las narices. Pasa la voz á la boca desde la hueca laringe en problemático son misto de *tenor* y *triple*. Hierve la sangre en las venas, cuyo humor *acre*, *proclivo*, que dijo el otro, rebosa

por la humana superficie.
Panadizos y diviesos
al protagonista aflijen
y el corazón palpitante
quiere salir de sus linderos.
Ignoradas sensaciones,
deseos indefinibles
en el cerebro le bullen
y en el pecho le sonrien.
No bien cambia el tonelete
y la valona de nipsis
por la levita y demas
atayíos y varoniles,
mira con fiero desden
los trompos y los confites,
y si le llaman muchacho
se le amontona la bilis.
Si antes estudió los géneros
sin saber en que consisten,
lo que va de primo á prima
hoy sin vacilar distingue.
El desarrollo de Adela
sigue con ojos de linco
y observa que con el suyo
simpático coincide;
que, mientras juzga su padre
que otros estudios prosigue,
en la *historia natural*
hace progresos visibles;
y és con las *primas cordero*
el que con los *primos tigre*
sin descifrar todavía
la clave de este *busllis*.

Mas de la inocencia cándida
pronto quebrados los diques,
se convierten en demonios
los que fueron serafines.
Ni es maravilla que al céfiro
cuando susurra apacible
la frágil caña se meza
y se doblegue la mimbre.
Naturaleza nos habla
halagüeña, inteligible;
su copa exhala perfumes....
¿Cómo rehuñar el brindis?
No es culpa de un pobre mozo
si hay sátiros que le pinten
la virtud ruda y amarga,
fácil y goloso el crimen.
¿Ni qué mucho si el neófito
lo que mas le agrada elije
entre el veto de su *dómine*
y el *exsequatur* de Filis?
Pecará.....; yo no lo niego,
mas si, en efecto, delinque,

él purgará sus pecados
y esclamará: ¡*parce mihi!*
¡Mirad! Su lustro primero
á duras penas fué triple
¡y ya aquella flor lozana
inclina su tallo humilde!
El que ayer dió culto á *Venus*
hoy á *Mercurio* le rinde
y el pecho que amor henchia
lente consume la tisis.



26
¡Qué dolor! ¡Oh adolescencia
estúpida!—¿Y es posible
que aun hagan muchos mozuelos
alarde de sus deslices?
Por el flujo de *hombrear*
¿cuántos publican la triste
vergonzosa pestilencia
que abrevia sus días! ¡Títeres!...
Y hay mueble tan presumido
que sin sentir la linge
mintiendo palmas de mártir
cuando las llora de *virgen*.
A otros les da por la *gloria*,
como á aquellos por la *siflis*,
nuevo linage de buhos,
aunque blasonan de cisnes.
Genios son no comprendidos;
es decir, incomprensibles,
cuya *mision en la tierra*
es renegar de su estirpe.
Sus númenes son vampiros,
brujas, espectros, caribes...;
su paraíso, el infierno;
su vida, suplicio horrible.
Oye el lúgubre ronquido
con que del mundo maldicen
que solo han visto pintado
en biombos y tapices,

y el afán con que pretenden
en fuego y sangre fundirle,
como el que abrasó la cama
para acabar con las chinchas.

Observa el raro contaste
de sus gracias infantiles
con la seriedad ridícula
de sus pláticas bilingües.

Míralos, como ponderan
desengaños que no existen,
pesares que no conocen,
placeres que no conciben.

Para ellos todas las hembras
son Mesalinas ó Circes,
ponzoña sus atractivos,
prostitución sus melindres.—

Y es porque ellas al muñeco
que arriesga amoroso envite
responden: «limpiese el moco
y aparte, que no me sirva.»

¡Paciencia, pobre zagal!
Si al tormento sobrevives
de no ser *hambre* cual piensas
ni *niño* como lo fuiste,

yo prometo que algun día
con ellas te reconcilies
y llames diosa del mundo
á la que hoy llamas eslinge.

Entonces... mas para entonces
con otro romance en ristre
te emplazo. Este ya llegó
al *opus coronat finis*.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

LETRILLA.

Estaba la musa mía,
no diré como ni cuando,
imposibles apurando
y de esta suerte decía:
que un desgraciado sonría,
que inspire miedo un enano,
que baile y brinque un anciano,
y no ande torcido un cojo?
¡ahí es nada lo del ojo,
y lo llevaba en la mano!

Aunque mil rayos y mas
bajar viera en un instante;
tuviera un cañon delante
y hubiera un toro detrás:
piensan Vds. quizás
que ofreciéndoseme humano,
de entregarme á un escribano
tuviera todo el arrojó?
¡ahí es nada lo del ojo,
y lo llevaba en la mano!

Que á un ciudadano gruñir

vea contra un opresor,
y al notar tanto calor
pueda dejar de reir:
que yo le ayude á subir,
para que este ciudadano
después de hacerse tirano
me dé en público un sonrojo?
¡ahí es nada lo del ojo
y lo llevaba en la mano!

Que entre el amor de una hermosa
rubia y bella, pero pobre,
y entre el oro, plata y cobre
de una marquesa canosa,
si torpe ambición le acosa
no quiera mas Atilano
á la del cabello cano
que á la del cabello rojo?
¡ahí es nada lo del ojo,
y lo llevaba en la mano!

Que yo crea en la pasión
de Maruja, cuando al fin
sé que á Julio y á Fermín
á Jorje, á Martín, á Anton,
á Tadeo y á Simón,
á Pedro, á Juan, á Mariano,
y á Roque y á Sinforiano
entretuvo por autojo?
¡ahí es nada lo del ojo,
y lo llevaba en la mano!

Si el huésped que anda ojo alerta
con la patrona retoza
imposible es que la moza
eche el cerrojo á la puerta;
mas si no la deja abierta
y el que la persigue insano
pone los medios, no en vano,
de descorrer el cerrojo...
¡ahí es nada lo del ojo
y lo llevaba en la mano!

Alguno conozco yo,
que esto intentó y algo mas:
cojió ella un zapato y ¡zás!
las narices le aplastó.
Luego por detrás le dió
puntillon tan soberano,
que él bajó la mano ufano
diciendo: en sangre me mojó;
mas no es nada lo del ojo.—
Y lo llevaba en la mano.

Siete estrofas con ahinco
hice, y en la octava voy.
Tres versos van; ¡bien estoy!
Entro en el cuarto; ¡yo brinco!
¡pues con estoto van cinco!
Haremos final temprano,
que si décil me amilano
y cuanto pidan allojo...
¡ahí es nada lo del ojo,
y lo llevaba en la mano!

JUAN MARTINEZ VILLEGAS.



21

AMBIGÜ.

MENESTRAS.

Menestra à la Camerani.

Se cocerán suficientemente en una cazuela con manteca fresca de vacas, zanahorias, nabos, coles, puerros, y en una palabra, mayor ó menor porcion de legumbres del tiempo, cortadas y picadas menudamente: se añade una docena de higadillas de aves caseras hechas pedacitos; se limpian separadamente macarrones polvoreados con pimienta para escurrirlos luego, y tomando una sopera que sufrá el fuego, se coloca en su fondo una cama de macarrones y otra del picado, y por último una tercera de queso rayado. Se continúa así hasta que esté llena la sopera, se la cubre y deja cocerse á un fuego templado.

Menestra à la Condé.

Se echa sobre cortezas de pan tostadas una sustancia de aviechuelas encarnadas, bien cocida con caldo de carne ó de vigilia, y pasada por un tamiz de crin como se dirá inmediatamente.

Menestra de coles.

Se limpia una col en agua hervida; se la escurre y parte en cuartos, y se tienen preparadas aparte algunas zanahorias y cebollas hechas tallos. Puestas igualmente en una cazuela lonjas de tocino, se colocan sobre ellas las coles, zanahorias y cebollas; se remoja todo con caldo de carne, y se deja cocer hasta su sazón.

Otra.

Se pone á cocer un trozo de saladillo, ó tocino á media sal con otro igual de pecho de cordero, y un salechichón de mediano grueso; se despuma y se añade una col bien limpia y escurrida, partida en cuartos. Se deja cocer todo hasta su punto, y se sirve poniendo la col encima. No pueden aconsejarse ninguna de estas menestras de carne ó de vigilia á las personas convalecientes, sobre todo despues de una indisposicion de estomago, sino á las de complexion fuerte y robusta, y á aquellas á quienes la continuacion de menestras preparadas con vaca pareciese fastidiosa: tambien son buenas para que varien de alimento, lo que no dejará de serles agradable.

Menestras harinosas.

Estas menestras son tanto mas cómodas, cuanto pueden hacerse por todo el que quiera, y muy excelentes; y el arroz ocupa el primer lugar. (*Veanse cada uno de los artículos que le pertenecen.*) Se hace tambien con él una menestra que se

llama *crema*, en extremo ligera y saludable para los convalecientes, añadiendo las sustancias convenientes. Se hacen igualmente buenas menestras con fécula de patata. Los lúeos, de que ya se ha hablado, pueden sufrir, como el arroz el jugo de tomates en otoño, y mucho mejor el queso rayado de todas clases. La semola admite el mismo condimento, y se prepara de igual manera. Los tallarines son una excelente sustancia harinosa para una menestra de carne ó de vigilia, siendo lo mejor de las pastas para unirse con el queso, despues de los macarrones y lúeos. Los macarrones se usan ya mas como intermedios en una mesa que en clase de menestras; mas en todo caso el queso, particularmente el de Parma, es su indispensable asociado. La harina de avena mondada ó de cebada, la de maíz ó trigo de Turquía, proporcionan las dos primeras menestras, en verdad poco agradables; y sin embargo apetecidas por los que están acostumbrados á ellas. En cuanto á la tercera, la especie de puche que se prepara con ella, es un alimento casi habitual en muchas comarcas de Francia, como la Borgoña y Franco Condado, en donde se componen de carne ó de vigilia, al paso que apenas tiene uso en Paris. Pero á fines del invierno y entrada de primavera es cuando debe echarse mano de las sustancias harinosas, por escasear entonces las legumbres, teniendo discernimiento y gusta para variarlas.

NOTA.

El próximo número contendrá un artículo en prosa de don Juan Martínez Villergas, una epistola de don Agustín Príncipe á don Juan Martínez Villergas, *el Angelito*, por don Wenceslao Aguayo de Izco, *el Borracho*, por don Vicente Alvarez Miranda, y *el Ambigü*. Habrá varias graciosas caricaturas. El inmediato contendrá el lindísimo romance de don Antonio Gil y Zárate titulado *El poeta dramático*.

IMPORTANTE.

Son tantas y tan frecuentes las reclamaciones que de todas partes se nos dirigen por los números que NOS ROBAN los aficionados á reirse gratis, que lloran los que para reirse arrojan su dinero, y lloramos nosotros de rabia al ver que habrá una catastrofe si el gobierno no remedia tanta inmundicia, tan escandalosos abusos.

En el conflicto en que nos hallamos no nos queda mas áncora de salvacion que suplicar á nuestros amados suscritores no nos abandonen por faltas que no son nuestras y que sin embargo subsanamos á la menor reclamacion. **¡DIOS SALVE AL PAIS Y A LA RISA!**

Salé una entrega cada domingo al precio de DOS REALES, así en Madrid como en las provincias; advirtiéndolo que los suscritores de estas deberán adelantar el importe de *cuatro* entregas lo menos.

PUNTOS DE SUSCRICION. En Madrid en la imprenta de la *Sociedad literaria*, calle de san Roque, núm. 4, y en las librerías de *Crus*, de *Rozola* y de *Denné é Hidalgo*.—EN LAS PROVINCIAS en Correos y demas comisionados de la GALERIA REGIA.—No se admite correspondencia que no venga franca de porte.

La Risa no admite el cambio; pero se enviará gratis á cuantos periódicos tengan la bondad de anunciar y recomendar las entregas á medida que se vayan publicando.

Madrid.—1843.

IMPRESA DE LA SOCIEDAD LITERARIA.